

¿Clase obrera o sectores populares?

Aportes teóricos y empíricos para una discusión necesaria

Marina Kabat - Eduardo Sartelli

1. Introducción

La historiografía argentina actual está dominada por lo que dio en llamarse “Nueva historia social”. Sus fundadores, intelectuales de cuño socialdemócrata comprometidos con el alfonsinismo, se dieron la tarea de construir una universidad al servicio de la “transición a la democracia”, es decir, de la reconstrucción del consenso necesario a la hegemonía burguesa tambaleante tras la crisis de los ‘70. De allí su predilección por el estudio de aquello que garantizara la dominación democrática (la ciudadanía) o significara un obstáculo a su consolidación (el peronismo).¹ Si alguna vez fueron marxistas, lo olvidaron rápidamente, en particular porque la defensa de la ficción de la democracia burguesa como la única posible exigía la eliminación del análisis de clase.

En efecto, dicho análisis desnuda todas las contradicciones y la imposibilidad final de construir el “poder del ciudadano”. La noción de sectores populares resultó más que adecuada para la tarea de “limpieza” de las clases en la historia, un instrumento adecuado para reemplazar a “clase obrera”, mientras que “élite” pasó a ser sinónimo de “burguesía” o “clase dominante”. Borradas las clases, resultó también necesario eliminar la acción de clase, en particular la más elevada, la revolución: la creencia halperiniana en que la Revolución de Mayo no existió fue seguida a rajatabla por sus acólitos, mientras la rica tradición de historia del movimiento obrero y sus luchas fue reemplazada por el análisis “cultural”.

Los veinte años de democracia burguesa continuada resultaron un duro revés para esta lectura de la historia. Sus fracasos evidentes, los fracasos del capital en construir un mundo razonablemente vivible para millones de seres humanos, dieron por tierra con estas ilusiones. El Argentinazo fue el punto final de una debacle anunciada mucho antes. En última instancia, resultó en el fin de la contrarrevolución que se inició a mediados de los ’70. No le echemos la culpa a sus representantes locales: se trata de un fenómeno mundial. Si la “Nueva historia social” no fue más que la variante socialdemócrata de la contrarrevolución en Argentina, su caída no fue otra cosa que el capítulo nacional de un desplome mundial. Si sobrevive todavía se debe a que nada ha venido a reemplazarla. Es decir, estamos en plena crisis.

La segunda generación de historiadores, nacida bajo su influjo, aunque continuó la tarea encomendada por sus “padres fundadores”, resultó algo más sensible a los tiempos. Fue así que descubrieron otros objetos historiográficos que pueden ser entendidos como la devaluación de ese proyecto original. La primera generación de historiadores post dictadura creía en la posibilidad de grandes cambios por medio de la política, lo que constituyó uno de sus temas privilegiados; la segunda generación, nucleada en torno a la revista *Entrepasados*, parece depositar sus tibias esperanzas de pequeños cambios en el diseño de políticas sociales adecuadas. La “cuestión social” emerge, entonces, como una nueva área de estudios. Para ellos, negar la noción de clase no resulta tan importante como lo fue para la anterior generación. Es más, la aparición de la “cuestión social” implica cierto reconocimiento de los límites insalvables de la ciudadanía burguesa. Ese reconocimiento los ha llevado a cuestionar el uso del concepto de sectores populares, al menos para ciertos períodos históricos. Sin embargo, como veremos más adelante, se trata de un movimiento limitado en el interior del mismo paradigma de pensamiento.

El análisis de clase, por su parte, no careció de defensores. Siempre hubo quiénes impugnaron el uso de “sectores populares” como reemplazo de “clase obrera”, en particular, Alberto Plá. Quien aparece hoy como su principal defensor es Nicolás Iñigo Carrera y su

¹ Véase, por ejemplo, PEHESA: “La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica”, en *Punto de Vista*, n° 18, agosto 1983 y “¿Dónde anida la democracia?”, en ídem, n° 15, agosto-oct. 1982

programa de investigación, PIMSA. Como veremos más adelante también, su producción no constituye la mejor defensa de ese tipo de análisis, en particular por su incapacidad de reconocer la importancia de ciertos ámbitos de la vida social. Defendemos aquí la idea de que el concepto de sectores populares, tanto como las críticas internas y externas que recibió, son hijas de un momento de la historia argentina ya superado. Los nuevos tiempos requieren, no sólo el rechazo de la contrarrevolución intelectual, sino la renovación de un análisis de clase más complejo.

2. Todo tiene que ver con todo: el concepto de sectores populares

La expresión “sectores populares” ha sido utilizada coloquialmente muchas veces como sinónimo de “pueblo” e, incluso, de “trabajadores”. Pero fue Romero quien la elevó a la categoría de concepto que, además, tendría la virtud de retratar la realidad mejor que la categoría que vendría a desplazar, la de clase social. Clase obrera sería un concepto inadecuado porque: “supone una correlación automática entre las condiciones sociales de existencia y su conciencia...” “Buenos Aires no es una ciudad industrial ... creímos necesario encontrar categorías que funcionaran en contextos sociales en que los obreros industriales no fueran el grupo hegemónico de los sectores populares”²; “la fuerte movilidad y la expectativa generada por ella, más fuerte aún, conspiró contra la constitución de identidades de clase firmes y consistentes” (p.15).

El concepto de clase sería, inevitablemente, el producto de una racionalización economicista. Por el contrario, el sujeto histórico no se constituiría en la economía sino en la cultura: “en la esfera cultural se constituye la *forma mentis* de los sujetos”. No obstante, reconoce cierto papel a la “estructura”, aunque no se sepa qué es porque Romero no la define en ningún lado: “su acción es un producto tanto de las “incitaciones y límites” de la estructura como de los impulsos de esa forma mentis que opera como filtro y como retícula de las incitaciones de la realidad”. Finalmente, todo tiene que ver con todo: “un sujeto social se constituye tanto en el plano de las situaciones reales o materiales como en el de la cultura, sencillamente porque ambos son dos dimensiones de una única realidad” (p. 29).

Romero sostiene que se puede imaginar a los sectores populares a partir de la cultura común a toda la sociedad. De ese patrimonio común cada grupo saca el material de su identidad, de modo que se abre aquí una ventana por la cual acercarnos a ellos, ya que son copartícipes de nuestra propia cultura. A partir de su experiencia y su “forma mentis”, decodificarán ese patrimonio común. Esa decodificación puede entenderse por la mirada del “otro”, la “élite”, a quien entendemos porque “escriben y piensan más o menos como nosotros” (p. 33). Así, la vía de entrada al estudio de los sectores populares será el examen de “las acciones de diverso tipo que esa élite desarrolla para moldear, adecuar, conducir, dominar a los sectores populares”. Lo primero es, entonces, la “mirada” de la élite. Un segundo momento es observar cómo la élite organiza la sociedad, es decir, la acción de diferentes “instrumentos, en parte coactivos y en parte educativos”, con los cuales adecua “este sujeto a los papeles que debe desempeñar”: el estado, la iglesia, la industria cultural, los grupos contestatarios. Es decir, la mejor forma de conocer a los “sectores populares” es observar a la “élite”, que viene a ser casi como el resto del mundo.³

²Romero, Luis Alberto y Leandro Gutiérrez: *Sectores populares, cultura y política*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1995, p. 14. A partir de aquí, todas las citas corresponden al mismo libro, a menos que se indique lo contrario.

³Señalando al pasar que este colocarse en la “élite” (o a una altura parecida) desnuda claramente desde qué posición de clase escribe Romero, resulta interesante detenerse en el lugar que otorga a los militantes de organizaciones políticas y sindicales. Dichos personajes serían necesariamente externos a los sectores populares, uno más de los grupos de la élite o similares que intentan interpelarlos. Cabe señalar que Iñigo Carrera realiza una operación similar al separar a los partidos políticos de la clase. Sólo son tenidos en cuenta a la hora de observar sus posicionamientos frente a las acciones de la clase. Son, por lo tanto, un fenómeno externo a ella. La clase, en ambos casos, no tiene capacidad para generar sus propios intelectuales.

Finalmente, ¿qué son los “sectores populares”? Romero admite que el concepto dice poco y nada. Sirve “apenas para delimitar un área de la realidad” (p. 35). En esa “ambigüedad” radicaría su virtud: demostrar que es imposible definir un sujeto “a priori”. En su inutilidad yace, entonces, su utilidad. A la pregunta sobre qué son los sectores populares, si aquello que son, lo que ellos creen ser o lo que los otros creen que son, Romero contesta:

“Como ya se señaló, el sujeto histórico incluye, de alguna manera, esas distintas dimensiones. Hay en él una base, como un mármol en bruto, sobre el cual puede construirse un número limitado pero diverso de estatuas: tal la determinación de la estructura; los escultores son los grupos dirigentes. El Estado, la Iglesia, los grupos contestatarios, actuando conjunta o separadamente, y también el propio sujeto, que construye desde adentro su propia imagen, de modo que la resultante es una combinación, no necesariamente coherente, de todos esos impulsos.” (p. 35)

Nótese que la metáfora del “mármol” no resulta particularmente “dinámica” ni caracteriza a un “sujeto” capaz de “autoconstruirse” mucho. Aquí Romero vuelve a reconocer que no sabe qué son ni cómo se construyen los sectores populares, en tanto reemplaza una jerarquía precisa de determinaciones como la que caracteriza al concepto de clase por una enumeración laxa donde, otra vez, todo tiene que ver con todo. Esa sensación se refuerza cuando Romero, al abordar la cuestión de si los sectores populares tienen límites precisos, homogéneos y constantes, afirma la existencia de fuerzas “que llevan a la fragmentación” (diversidad ocupacional, diferencia de riqueza, prestigio y poder, tradiciones distintas, recortes nacionales, ideológicos y políticos, etc) tanto como a la unidad (“grandes experiencias unificadoras, que pueden encontrarse en los mismos campos donde se hallan las de la fragmentación: una gran fábrica, que iguala condiciones laborales, el hacinamiento en la vivienda, la común extranjería frente a una sociedad excluyente o xenófoba, la participación en acciones de lucha importantes, una identificación política, la represión.” (p. 36)). Los elementos unificadores (es decir, constituyentes) proceden de cualquier nivel, siendo tan importantes una “identificación política” como la experiencia fabril. Esas experiencias no tienen ninguna relación necesaria entre sí, de modo que el campo de los “sectores populares” puede achicarse o agrandarse según el momento y el caso. Puede incluir lo que “tradicionalmente” llamaríamos “lumpen proletariado” por abajo y “clase media” por arriba (p. 37).

¿Hay algo constante en los “sectores populares”? se pregunta Romero. No y sí. Los sectores populares “no son, sino que están siendo”. Además, cuando ya han cambiado, las tradiciones suelen dar una imagen de continuidad que oculta las transformaciones. Como conclusión, “Tenemos, pues, unos sujetos sociales que cambian y permanecen, son lo que son y lo que han sido. También, en alguna medida, lo que van a ser.” (p. 38) Después de haber afirmado su existencia como sujeto, Romero termina reconociendo que “los sectores populares no son un sujeto histórico, pero sí un área de la sociedad donde se constituyen sujetos”. Sobre ellos surgen las “identidades”, que son “cristalizaciones provisionales” (p. 39), como resultado del fluir del proceso histórico. Eso no impide que vuelva a definir a los sectores populares como “sujeto histórico” unos pocos renglones más abajo.

Romero está muy preocupado por lo “estático” y lo “dinámico”, expresiones que tienen muy poco de científico, como “esquemático”. ¿Qué quiere decir que un concepto es “estático”? ¿Que no se adapta a las transformaciones del sujeto? Si el objeto cambia tanto que ya no es el mismo, el problema no es del concepto, sino del objeto, salvo que querramos conceptos que designen lo propio y lo contrario. Si el objeto cambia dentro de ciertos límites, entonces permanece, es “estático”, por decirlo en lenguaje romeriano. En realidad, un concepto necesita ser “estático”. Un concepto necesariamente delimita un objeto, le pone

límites. O mejor dicho, describe sus límites. No puede existir un concepto que no funcione de tal manera porque de lo contrario no describiría nada o, lo que es lo mismo, describiría objetos infinitos, lo que, por lógica es imposible. La virtud principal de un concepto es definir (ponerle fin) al objeto. En ese sentido, puede decirse que un concepto es adecuado o inadecuado. Es inadecuado cuando no establece límites precisos (como el concepto de “sectores populares”) o cuando establece límites tan amplios que caben en su interior multitud de objetos diversos (como el concepto de “sectores populares”). Romero comete los dos errores y lo confiesa: no sabe qué son los “sectores populares”, ni dónde empiezan ni dónde terminan. Sorprende que una reflexión tan endeble haya sido tomada en cuenta seriamente.

En efecto, ¿por qué algo que no se sabe qué es ha sido adoptado como la última novedad teórica? Al margen de los condicionantes políticos de los que ya hablamos, tal aceptación sólo se entiende a partir de una enorme ignorancia sobre aquello que se critica. En efecto, la comunidad de historiadores creada por la “Nueva historia” es reacia a la teoría y a la crítica teórica. El propio Romero nunca examina el concepto de clase tal cual aparece en los textos que denomina “clásicos”. De hecho, podemos deducir que lo que concibe como “clase obrera” se limita al “obrero industrial”. Sin embargo, ¿en dónde Marx, Engels, Gramsci, etc., definen a la clase obrera como “asalariado industrial”? Efectivamente, el concepto de clase obrera que establece Romero como propio del marxismo “clásico” es notablemente restrictivo y, por lo tanto, inadecuado, además de falso. Para la “tradición marxista”, obrero es todo aquél carente de medios de producción y de vida. Una enorme variedad de situaciones unidas todas por el hecho de la explotación. Dada esa unidad, sorprenderá siempre la similitud de respuestas tanto como, dada la variedad de experiencias a las que la explotación da lugar, la diferencia de acciones, sentimientos y “cultura”.

Aunque parezca trabajar desde una matriz cercana al marxismo (sus alusiones a los historiadores ingleses como Thompson, por ejemplo) Romero no propone otra cosa que un retorno al funcionalismo. Efectivamente, como en el funcionalismo, la sociedad queda dividida en capas que no tienen ninguna vinculación necesaria entre sí más que la mera superposición. Para peor, los límites de estas capas son difusos y el conjunto de sujetos incluidos en la definición de sectores populares da lugar a un cambalache en el que se confunden e igualan obreros, artesanos, cuentapropistas, chacareros, prostitutas y maleantes.

Esa ignorancia teórica es paralela a un enorme desconocimiento empírico. Romero y Gutiérrez plantean que esa confusión social que impide el análisis de clase existe tanto en la sociedad argentina, como en el resto de las latinoamericanas. No ofrecen pruebas de tal realidad. Esa es, tal vez, la razón por la cual los miembros de la “Nueva” citan ampliamente a Korzeniewics, que sostiene, sin ningún elemento de prueba, que el artesanado no convergió en la conformación de una clase obrera, y que por ello la estructura social argentina sería más heterogénea: “...a medida que el capitalismo avanzaba en la Argentina, éste no dio lugar a un proceso lineal donde las grandes fábricas dominaran remplazando a la producción artesanal. Los artesanos y cuentapropistas no desaparecieron en un creciente proletariado. De hecho, la visión comúnmente asociada con la historia marxista estándar, donde la escala de producción necesariamente aumenta y reúne a la masa de trabajadores en torno a líneas de montaje, obscurece el mosaico de las estructuras productivas y de empleo en la Argentina”.⁴

Como veremos, en la Argentina en el período estudiado por Korzeniewics (1887-1907) no subsiste prácticamente en ninguna rama un número significativo de artesanos. Creemos que Korzeniewicz debe confundir a los trabajadores domiciliarios con artesanos. Como intentaremos demostrar en el acápite siguiente, esta asociación es inválida y existe un fuerte proceso de proletarización del que hemos podido dar cuenta a partir del estudio de los procesos de trabajo. Otro error es suponer que esta presencia de trabajadores domiciliarios

⁴Korzeniewicz, Roberto: “Labor unrest in Argentina: 1887-1907”, *Latin American Research Review*, nº 24, 1989, pág. 9, la traducción nos pertenece.

constituye un alejamiento del modelo clásico y un signo de atraso.⁵ Se establece una fuerte dicotomía entre trabajo fabril y domiciliario, como si uno negara al otro. Sin embargo, el trabajo a domicilio se modifica siguiendo los cambios del trabajo en las fábricas a las cuales está estrechamente ligado. Estas transformaciones son muy similares a las ocurridas en otros países de desarrollo industrial más “clásico”, como Inglaterra o Estados Unidos, tal como son descriptas por el más clásico de los marxistas, Marx...

3. Los problemas de las críticas del concepto de sectores populares

Un cuestionamiento parcial

Suriano comparte los prejuicios de Romero hacia la historiografía de los '60 y '70, en especial a aquella de cuño marxista. Por ello, cree que el concepto de sectores populares fue útil para *enriquecer* la comprensión del período de entreguerras, signado por una alta movilidad social. Suriano y otros historiadores nucleados en torno a la revista *Entrepasados* mantienen algunas diferencias con los fundadores de la nueva historia social. Sin embargo, han reproducido su obsesión por romper con la imagen “rígida” y “monolítica” de los trabajadores que el marxismo y los historiadores militantes habrían construido. Preocupación que ha seguido obsesionando a nuevas generaciones, más allá de su supuesta filiación de izquierda.⁶

Hace diez años, Suriano, en un texto escrito junto a Mirta Lobato, elogiaba los nuevos rumbos que había tomado, entonces, la historiografía.⁷ A su juicio, durante los '80 se iniciaría el desarrollo de una nueva historia “del mundo del trabajo”. La misma superaría las temáticas y la metodología de lo que ellos denominan historia militante. Los autores impulsaban el desarrollo de un programa de investigación cuyos ejes serían un mundo del trabajo más heterogéneo, los cambios de las tradiciones del movimiento obrero y las transformaciones en el vínculo entre los trabajadores y el Estado yrigoyenista.⁸

Tras la bandera de la complejidad y la heterogeneidad se privilegió lo diferente. Preocupados por resaltar la diversidad no pudieron observar cómo progresivamente se conforma la clase obrera. La nueva generación les creyó a sus mayores cuando ellos hablaron de heterogeneidad productiva y laboral. Su escaso espíritu crítico los llevó a reproducir el error según el cual sólo los trabajadores industriales pueden conformar la clase obrera. Esta

⁵Un planteo semejante aparece en Guy, Donna: “Women, peonage and industrialization: Argentina 1819–1914”, *Latin American Research Review*, V. XVI, n° 3, 1981.

⁶Sin ir más lejos, esta misma publicación reproduce los mismos gestos propios de las nuevas generaciones que buscan una diferenciación más aparente que real. Esto se observa en las editoriales: extrañamente para una revista que se declara de izquierda, su primera editorial se consagra íntegramente a remarcar sus acuerdos con el mundo académico. Si bien en el segundo número se congratulan de llenar un espacio supuestamente vacío, en el tercero parecen no tener nada más que expresar sobre su planteo político historiográfico, como se observa en la ausencia de una editorial. Por su parte, los artículos publicados muestran identidad de intereses con los autores dominantes en la academia. Así dos artículos de *Nuevo Topo* n° 3, dedicados a una reseña de los estudios sobre las políticas sociales uno, y sobre el trabajo femenino, el otro, reproducen por completo la línea interpretativa de Juan Suriano y Mirta Lobato, respectivamente. Por dar otro ejemplo, en el primer número, en un artículo de balance historiográfico, que según las pretensiones de la revista debiera ser fundacional, Gabriel di Meglio emplea el concepto de “sectores subalternos” con la simple justificación de que es uno de los que comúnmente se emplean. De esta manera, elude una discusión historiográfica y una fundamentación más profunda de sus opciones teóricas. Al mismo objetivo contribuye la omisión de referencias a trabajos escritos en el CEICS-*Razón y Revolución*, contrapuestos a estos puntos de vista. La omisión de los trabajos de nuestro centro en prácticamente todos los artículos de la revista, incluso por parte de aquellos que han publicado en *Razón y Revolución*, es notable por lo persistente constituyendo no sólo una muestra de prestigismo burgués lamentable, sino una verdadera falta de respeto.

⁷Lobato, Mirta y Juan Suriano: “Historia del trabajo y de los trabajadores en la Argentina: aproximaciones a su historiografía”, en: Panaia, Marta (comp.): *Trabajo y empleo, un abordaje interdisciplinario*, EUDEBA-PAITE, Bs. Aires, 1996.

⁸Lobato, M. Y Suriano, J., ob. cit., pp. 147-148.

falacia se encuentra detrás del desdoblamiento que hoy propone Suriano: mantener el concepto de sectores populares para el período previo a 1930 y recuperar la noción de clase obrera para el período posterior, cuando los obreros industriales serían mayoritarios. Así, los conceptos útiles para el periodo anterior a 1930 no lo serían para la etapa siguiente.⁹

Actualmente, Suriano ha perdido las expectativas de otrora y reconoce el estancamiento de los estudios del mundo del trabajo. Esto lo conduce a pensar que la noción de sectores populares dificulta la comprensión de los cambios ocurridos a partir de la década del treinta, donde encuentra una clase obrera claramente industrial. Pero, ¿cómo se forma esta clase obrera? El problema es que el concepto de sectores populares, que él todavía considera válido para el período previo, no puede ayudarnos. Pensado para resaltar la heterogeneidad, para negar la categoría de clase obrera, poco nos sirve para ver cómo ésta se construye. Refractario a toda idea de tendencia, impide visualizar el proceso por el cual de un mundo social menos delimitado, progresivamente la clase obrera cobra perfiles cada vez más nítidos.

También en la selección del objeto de estudio Suriano busca situarse en un punto intermedio: defiende un espacio, la fábrica, como lugar donde distintas problemáticas se cruzarían, que permitiría ir de lo micro a lo macro y pasar de la fábrica a la comunidad y otros problemas culturales. En este contexto destaca la importancia de los estudios de los procesos de trabajo que “puede matizar tanto la historia de los trabajadores como la historia de la industria”¹⁰

Suriano toma como modelo el libro de Lobato, *La vida en las fábricas*¹¹ que, sin lugar a dudas, representa lo más logrado de esta escuela. Sin embargo, en él la preocupación por los procesos de trabajo aparece en un lugar secundario frente a otros componentes más anecdóticos de la vida cotidiana en la fábrica. El libro no representa un avance respecto al conocimiento de las transformaciones y la evolución de los procesos de trabajo frente a textos anteriores de la autora.¹² Por el contrario, el tratamiento de esta temática específica pierde peso en el conjunto de la obra, dado que el período abordado se extiende sin que se analicen los cambios del proceso de trabajo en ese lapso. Lobato pareciera suponer una continuidad, pero no la explicita y mucho menos la prueba. Si en el libro se evidenciaba un alejamiento de la problemática de los procesos de trabajo, en sus artículos posteriores ese distanciamiento es mayor. Tras este trabajo Mirta Lobato tendió a dedicarse a otras problemáticas más relacionadas con el mundo cultural.¹³ Se podría decir que Suriano plantea una agenda de trabajo que no es encarada como proyecto firme por ningún exponente de su grupo, tras el abandono de la temática por parte de quienes originalmente la impulsaron. Al mismo tiempo

⁹Suriano, Juan: “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores” en Gelman, Jorge (comp.): *La historia económica argentina en la encrucijada*, Prometeo Libros, Bs. Aires, 2006.

¹⁰Suriano, ob. cit., p. 306. Suriano, cita como único ejemplo de los estudios de los procesos de trabajo al libro de Mirta Lobato, dejando de lado las investigaciones del CEICS, el único equipo de investigación que por 10 años ha venido desarrollando sistemáticamente esta línea. Para peor, expone una idea nuestra, que hemos repetido en infinidad de artículos, acerca de la importancia del estudio de los procesos de trabajo para repensar tanto la clase obrera como a la industria. Para nosotros estas palabras tienen un significado concreto: hemos refutado el carácter semiartesanal que se atribuía a la industria anterior a los treinta y, como veremos en este artículo, realizamos los estudios que permiten rechazar la visión de Romero. Por el contrario, Suriano y su grupo aún no han podido darle un contenido concreto a dicha apreciación que recientemente han adoptado como propia.

¹¹Lobato, Mirta: *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Entrepasados/Prometeo, Bs. As., 2001.

¹²Lobato, Mirta: *El ‘taylorismo’ en la gran industria exportadora argentina. (1907-1945)*, CEAL, Bs. Aires.

¹³El reciente libro sobre el trabajo femenino mantiene como prioritario el problema de las representaciones. Tampoco implica un avance sobre los procesos de trabajo. En particular no profundiza la discusión acerca de la relación entre distintas formas de organización del trabajo y el empleo femenino. Lobato, Mirta: *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Bs. As., Edhasa, 2007.

elude toda referencia a quienes sistemáticamente a lo largo de diez años de investigación colectiva han desarrollado esta temática.¹⁴

Una visión incompleta de la clase

Nicolás Iñigo Carrera publica en la misma compilación que Suriano un artículo destinado a discutirlo.¹⁵ Contrapone la historiografía de los '60 y '70, signada por su hincapié en las luchas y organizaciones obreras, con las investigaciones posteriores al retorno democrático. Desde la década del ochenta los ejes temáticos más generalizados serían tres. En primer lugar los estudios culturales. En segundo lugar, menciona el estudio de las luchas del período 1955–1983. Un tercer eje temático estaría dado por los estudios sobre los procesos de trabajo. Mientras los dos anteriores son analizados cierto detalle, del último no brinda ningún ejemplo, ni cita autor alguno. Sólo dice que se refieren a una parte de las relaciones materiales objetivas, en la que los trabajadores sólo pueden ser observados como atributo del capital.¹⁶

La premura con que descarta estos estudios y con la que directamente saltea otros realizados desde el mismo programa de investigación nos muestra una crítica historiográfica parcial, que desdeña importantes niveles de análisis. En este sentido los cuestionamientos que Suriano le formula sobre la preocupación exclusiva por el estudio de las luchas pueden ser, en cierto modo, pertinentes. Sin embargo, nos parece importante profundizar y precisar la crítica. Iñigo Carrera en sus estudios no ve solamente los hechos, las luchas. Si uno revisa el conjunto de la investigación de PIMSA, encuentra una explicación de la evolución de la clase obrera argentina. Sin embargo, Iñigo Carrera subvalora el elemento subjetivo en la vida del proletariado y presenta, así, una visión incompleta de la clase. Su explicación de los procesos históricos resulta, entonces, incompleta. La subvaloración del elemento subjetivo no cobra la forma de una ausencia absoluta de este nivel de análisis, sino que se manifiesta en el escaso peso explicativo que se le otorga. Por ejemplo, en su libro, sobre la huelga general de 1936, dedica un capítulo a describir los partidos políticos. Pero, como él mismo atestigua en la introducción, no los concibe más que como el marco, el telón de fondo o a lo sumo el resultado de las luchas. No aparecen como elementos activos del proceso, no asumen ninguna carga explicativa. Iñigo Carrera podría haber planteado otra respuesta a un interrogante que él mismo se plantea: ¿por qué la huelga del '36 no ha pasado a la memoria histórica? Hay una respuesta más sencilla que suponer que la dominante estrategia reformista sepultó a la insurrección del '36: el Partido Comunista dejó que la huelga cayera en el olvido, no sólo porque prefería recordarla sólo como la huelga de la construcción, sino, principalmente, porque representaba una estrategia opuesta a la suya. El resto de los participantes difícilmente reivindicaría una acción que tuvo al PC como protagonista principal.¹⁷

¹⁴Esta investigación se ha desarrollado en el marco de sucesivos proyectos UBACyT dirigidos por Eduardo Sartelli y Pablo Rieznik. En este marco un equipo de investigadores ha seleccionado distintas ramas industriales en cada una de las cuales se han investigado los cambios del proceso de trabajo (en principio en el período 1870-1940). El primer trabajo de este equipo fue: Sartelli, Eduardo: "Proceso de trabajo y desarrollo capitalista en la agricultura, la región pampeana, 1870-1940", en *Razón y Revolución*, n° 6, otoño de 2000. Posteriormente se publicaron artículos sobre la industria molinera, construcción, petróleo y metalurgia en el dossier de *Razón y Revolución* n° 9, otoño de 2002; sobre la rama gráfica y de la confección en *Razón y Revolución*, n° 10, primavera de 2002; trabajo marítimo, *idem*, n° 11, invierno de 2003 y sobre la industria del carruaje, *idem*, n° 14, diciembre de 2005. Se han presentado más de treinta ponencias, se publicaron dos libros y se presentaron tres tesis de licenciatura sobre el tema.

¹⁵Iñigo Carrera, Nicolás: "La historia de los trabajadores" en Gelman, Jorge (comp.), ob. cit.

¹⁶Es llamativo que con esta operación Iñigo Carrera termina por devaluar las indagaciones que tiempo atrás se desarrollaron bajo su dirección Ver: Tarditti, R.: "El proceso de trabajo en los frigoríficos: una moderna manufactura" en *Primeras Jornadas Interdisciplinarias de estudios agrarios y agroindustriales*, Bs. As., 1999.

¹⁷Iñigo Carrera, Nicolás: *La estrategia de la clase obrera 1936*, Bs. Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2004. Digamos de paso que este buen libro no se aleja en sus conclusiones de lo ya dicho por Romero, en cuanto reafirma el dominio del reformismo en la clase.

En su balance historiográfico es evidente que, al criticar este fantasmagórico tercer eje de estudios, cuestiona nuestras investigaciones sin dignarse a mencionarlas. Paradójicamente esta actitud lo hermana con Suriano y con *Nuevo Topo*. Así como Suriano no ve el conjunto de su trabajo, Iñigo Carrera no ve el conjunto del nuestro: no necesita recordarnos que el estudio de los procesos de trabajo representa sólo un nivel de análisis: el CEICS ha desarrollado distintos proyectos de investigación, en particular, el que él ha elegido soslayar, el de la formación del partido de la clase. Efectivamente, si este problema parece ser menor en los '30, en la explicación de la derrota de los '70 y en la evaluación de las tendencias actuales de la lucha de clases, se muestra crucial. Es, precisamente, el deliberado abandono de este nivel de análisis lo que transforma a su descripción del Argentinazo en una defensa de la CGT y del peronismo que no capta la novedad del proceso.

4. La vitalidad del concepto de clase, apuntes para una argumentación histórica

El concepto de clase

Se acusa al concepto de clase, en primer lugar, de economicismo y, en segundo término, de estar dotado de una escasa flexibilidad. Dejando de lado que economicismo es una descripción inadecuada para el marxismo, entendemos que el concepto no es economicista porque incluye el fenómeno de la conciencia, fenómeno que comprende desde sus formas elementales de manifestación hasta el desarrollo de los partidos de la clase. Cuando Iñigo Carrera analiza hechos, acciones de la clase, sin incorporar como factores explicativos los fenómenos de la conciencia, su explicación parece economicista porque lo es.

La segunda acusación, la de escasa flexibilidad, es igualmente falsa. El concepto que no es flexible es el de sectores populares, porque no sirve como concepto, ni rígido ni blando. Por el contrario, Marx se sirve del concepto de clase para estudiar sus transformaciones. Así, el examen de los cambios del proceso de trabajo le permite ver cómo la clase cambia sin dejar de ser tal. No es la misma clase aquella que recién experimenta la subsunción formal del trabajo –y que, por ende, mantiene calificaciones y fragmentaciones heredadas de las formas artesanales- que una clase obrera madura cuyos grandes batallones se emplean en fábricas, ni donde ese régimen de gran industria se profundiza y amplía substancialmente el ejército industrial de reserva. Tampoco es la misma una clase que no puede ofrecer al capital más oposición que la resistencia cotidiana, que aquella capaz de plantearse e intervenir en los grandes problemas nacionales e internacionales. Sin embargo, la persistencia de la explotación es lo que mantiene a la clase como tal clase.

Nuestros estudios muestran estas transformaciones en la clase obrera argentina. Aquí nos limitamos a reseñar los cambios producidos desde los finales del siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX, período que constituye el núcleo de las investigaciones de Romero y Gutiérrez, para el cual Suriano continúa defendiendo la utilidad del concepto de sectores populares e Iñigo Carrera tiene poco para decir.

El estudio del trabajo a domicilio

El estudio del proceso de trabajo nos ha permitido comprender ciertas transformaciones relevantes para las discusiones que se tratan en este artículo. Algunos de estos cambios se observan en el trabajo a domicilio, que generalmente es visto en forma ahistórica, como si no experimentara transformaciones con el paso de las décadas. Por ello, se lo percibe como signo de atraso. Tanto desde la historia social como la historia económica se asocia trabajo a domicilio a trabajo semiartesanal. Al estudiar el trabajo a domicilio hemos podido comprobar cómo, incluso en las formas más atrasadas de trabajo, se abandona el sistema artesanal y se avanza en la proletarización y descalificación del trabajador. Hemos podido reconstruir, para el caso de los zapateros, parte del proceso de proletarización. A partir del análisis de periódicos, hemos descubierto distintas etapas signadas por diferentes

relaciones entre el zapatero y quien le encargaba el trabajo, en cuanto a la división del trabajo y la posesión de los medios de producción.

Hacia 1870, los establecimientos dedicados a producir calzado dependían casi enteramente del trabajo domiciliario y muchas veces no tenían talleres internos. Se les daba el cuero a los zapateros para que lo cortasen como mejor quisieran. La mayoría de los zapateros trabajaba por su cuenta, además de hacerlo para los talleres o zapaterías a medida. Comúnmente desviaban parte del cuero que se les entregaba para emplearlo en otros trabajos acordados por él en forma particular. El zapatero realizaba pues todas las tareas (menos el aplanado de suelas), tenía todas las herramientas y sólo se le adelantaba el insumo principal, es decir, el cuero y las suelas.

Más adelante aparecen los talleres de corte. El cuero se le da al zapatero “ya cortado y por docenas”. El principal objetivo era controlar el uso de una materia prima cara como el cuero. La misma firma que contrata en estas condiciones implementaba otra novedad: le entregaba las hormas “al oficial que no las tuviese”.¹⁸ Las hormas también resultan una herramienta de cierto costo. Que se aclarase tiene que ver con que se trataban de prácticas novedosas. Más adelante pasarían a ser la norma, en vez de la excepción.¹⁹ Es significativo el alto número y la importancia de huelgas de trabajadores domiciliarios. Los obreros encontraron la forma de sortear los problemas organizativos que su dispersión geográfica y su desconocimiento personal generaba, como en la huelga del calzado de 1932 o en la huelga de la confección de 1936, por citar dos ejemplos de trascendencia.²⁰

Otro problema que aparece en el universo del trabajo a domicilio y, que hasta ahora no había sido estudiado, es la relación de los obreros no sólo con los fabricantes, sino también con los pequeños talleristas. Tal como ha sucedido recientemente en la rama de la confección, en ocasiones los trabajadores domiciliarios se aliaron a los talleristas contra los fabricantes, en otras ocasiones los trabajadores enfrentaron a todos los patrones sin distinción.²¹ Los pequeños talleristas no eran los únicos intermediarios con los que lidiaban los obreros. Particularmente en la confección las formas que asumía esta intermediación eran sumamente variadas. Tanto algunas asociaciones de beneficencia como academias e institutos de corte y confección jugaban este rol. Al mismo tiempo que entre los mismos obreros se establecían redes de intermediación.

El trabajo a domicilio afectó a un grupo mucho amplio de los trabajadores. Así, los carpinteros también soportaron esta práctica. Un caso especial, que sorprendió a ciertos historiadores fue el de los armadores de carruajes.²² El volumen del carruaje genera el prejuicio de que su confección no podría realizarse a domicilio. Sin embargo, todo el proceso se encontraba fragmentado. Hacia 1920, un carpintero llamado cajista realizaba en su domicilio la caja del carruaje. Luego éste era enviado a la casa del herrero que colocaba el herraje y lo galvanizaba. Recién entonces el coche llegaba al taller. Allí había charroneros que hacían las ruedas, aunque a veces ellos también trabajaban a domicilio. Fraguas y limadores moldeaban y terminaban las piezas. Los pintores trabajaban en el taller o en talleres de tapicería y pintura.

¹⁸Kabat, ob. cit., pp 50-52.

¹⁹Una pregunta interesante es lo que valoriza una fuente en apariencia simple como los avisos laborales del diario *La Prensa*. Esta misma fuente nos ha servido también para avanzar en el estudio de la división genérica del trabajo. Ver, Kabat, ob. cit., pp. 63-64.

²⁰Kabat, ob. cit., cap. 6 y Pascucci, Silvina: *Costureras, monjas y anarquistas. Trabajo femenino, iglesia y lucha de clases en la industria del vestido* (Bs. Aires, 1890-1940), Bs. Aires, Ediciones RyR, 2007.

²¹Ibidem.

²²Harari, Ianina: “Tracción a sangre: proceso de trabajo y clase obrera en la industria del carruaje.”, en *Razón y Revolución*, n° 15, 1° semestre 2006.

Las trabajadoras fabriles

Paradójicamente no se discutió acerca del carácter fabril o no del conjunto de la clase obrera, aunque sí se ha esbozado tal debate para las trabajadoras. La discusión sobre las obreras no gira en torno a la magnitud de las trabajadoras fabriles, sino a su existencia o inexistencia. Distintos ensayos postulan la ausencia de un número importante de obreras fabriles. La referencia a estas mujeres sería producto de una ficción que se anticipaba a una situación social todavía inexistente a escala significativa. O bien, se trataría de casos atípicos que habrían llamado la atención precisamente por su excepcionalidad y no por ser un elemento relevante de la estructura social.²³ Fernando Rocchi, cuestionando esta visión, intentó demostrar la importancia del empleo femenino en las “grandes fábricas”. Sin embargo, Rocchi no logró cumplir sus objetivos plenamente. Esto se debe, a nuestro parecer, a falencias conceptuales y empíricas: por una parte define a las “grandes fábricas” sólo por un elemento cuantitativo. Por otro, su evidencia empírica combina datos de casos aislados con otros macroeconómicos que no llegan a conformar una imagen global claramente definida, al tiempo que extiende sus conclusiones y las hace abarcar períodos que no ha estudiado.

Rocchi nota que según el censo de 1914 en las grandes fábricas (las que emplean más de 100 personas) las mujeres representan casi un tercio de la fuerza de trabajo, mientras que en los talleres familiares, con menos de 10 empleados su presencia se reduce al trece por ciento.²⁴ Resalta la importancia del trabajo femenino en la rama textil. Considera que “la producción estandarizada de las grandes fábricas requería un tipo de trabajadores que convirtió a las mujeres en atractivos trabajadores potenciales”.²⁵ No queda claro a qué llama grandes fábricas, a qué se refiere exactamente con estandarización ni qué tipo de obreros requeriría. Al mismo tiempo señala que “no siempre el trabajo en la gran fábrica implicaba una total discontinuidad con las tareas artesanales. Muchas veces, el trabajo manual de las mujeres era clave para lograr un producto de buena calidad”.²⁶ Más adelante en otro epígrafe que acompaña a una fotografía de mujeres dedicadas a la fabricación de sombreros, añade: “La producción en grandes fábricas en algunos casos consistía en una simple agrupación de varias obreras realizando un tipo de trabajo que continuaba usando técnicas básicamente artesanales”.²⁷

Rocchi nota estas diferencias, aunque no las distingue conceptualmente empleando categorías diferenciales. Un segundo déficit es que no realiza ningún esfuerzo para mensurar estos diferentes escenarios que ha encontrado. Aún englobándolos dentro de la categoría de “gran fábrica”, una vez reconocidas situaciones diferenciales podría haber intentado mensurar el peso relativo de cada una de ellas. Pero Rocchi no realiza esto, ni siquiera cuando dentro de una rama encuentra las dos alternativas extremas: mientras en la página 229 relata cómo las máquinas favorecieron el ingreso del empleo femenino en las fábricas de sombreros, tan sólo cuatro páginas después refiere a esa misma industria como ejemplo de la perpetuación de las técnicas artesanales. Rocchi no se pregunta cuál de estas dos situaciones predominaba. No intenta saber si la mayoría de las mujeres que fabricaban sombreros habían ingresado debido a la mecanización o por la persistencia de labores artesanales.

Finalmente, Rocchi no escapa a la tentación de realizar aseveraciones sobre temas no estudiados. Así, sin brindar ninguna prueba, afirma que: “En la década del treinta, y a pesar de los cambios económicos que siguieron a la crisis, las mujeres continuaron realizando las

²³Guy, Donna *op. cit.*; Feijoo, María del Carmen: “Las trabajadoras porteñas a comienzos de siglo”, en: Armus, Diego (comp.): *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Sudamericana, Argentina, 1990.

²⁴Idem, p. 227.

²⁵Idem, p. 228.

²⁶Idem, p. 231.

²⁷Idem, p. 233.

mismas tareas que venían haciendo desde que comenzó la industria estandarizada.”²⁸ Sin embargo, en la industria del calzado el ingreso realmente masivo de la mujer a la fábrica se produce con un cambio técnico de la década del treinta, el vulcanizado.²⁹

En el análisis del empleo femenino que realiza Donna Guy encontramos problemas empíricos mayores.³⁰ La autora pretende demostrar la relación negativa entre maquinaria y empleo femenino en países como la Argentina. Plantea que, debido a esta correlación negativa, el trabajo fabril femenino sería una excepción durante las primeras décadas del siglo veinte. Creemos que esta visión errada distorsiona tanto la magnitud y características del trabajo femenino, como la configuración de la clase obrera de conjunto.

Donna Guy sostiene que en la industria del calzado “...las mujeres terminaban *a mano* en sus casas el aparado hasta que las máquinas y técnicos varones en las fábricas las desplazaron”.³¹ Cita como fuente dos informes norteamericanos, publicados en 1910 y 1919. En la nota al final añade datos que, supuestamente, también habría tomado de estas fuentes. Indica que en 1910 el 90% del aparado era completado a domicilio por mujeres y que ocho años más tarde la mayor parte de este trabajo era realizado en la fábrica. Del informe de 1910, escrito por Butman, es correcto que el 90% del aparado se realizaba a domicilio, dato que figura en la página 11 que ella cita. Lo que no figura allí ni en ninguna otra página del informe es que ése trabajo fuera *manual*. Para esa fecha hacía tiempo (más de 10 años) que en la Argentina el aparado era mecánico y se efectuaba con máquinas de aparar de la firma Singer. Por otra parte, es falso que ocho años más tarde la mayoría del trabajo se realizara en la fábrica y por trabajadores varones. El aparado continuaba realizado por mujeres a domicilio. En la página 52 del informe de 1919, que Donna Guy cita como prueba del reemplazo de las trabajadoras domiciliarias manuales por técnicos y mecánicos varones dentro de la fábrica, se afirma que “dar el aparado a afuera es la práctica de la mayoría de las fábricas argentinas”. De igual modo, las otras dos páginas que cita, en vez de convalidar sus afirmaciones, las refutan. En las páginas 54 y 55 figuran datos por empresas: la firma Bordas y Comte emplea 20 aparadoras a domicilio, Grimoldi cuenta con 100 mujeres que realizan esta tarea a domicilio, Uboldi con 50 mujeres. En síntesis, ni el aparado que hacían las mujeres a domicilio era principalmente una tarea manual (se realizaba con máquinas similares a las de coser), ni las mujeres fueron desplazadas hacia 1918 por máquinas y técnicos varones que trabajaban en las fábricas. A inicios de 1920 el aparado continuaba siendo una tarea eminentemente femenina, desarrollada a domicilio, como aparece explícitamente expresado en las páginas del informe que Donna Guy citaba con la pretensión de defender su hipótesis.

Los errores en los que Donna Guy incurre no aparecen en el plano de la interpretación de la fuente, sino que directamente atañen a una tarea más básica, como la lectura literal del informe. Encontramos en su texto una dificultad recurrente en los estudios industriales o de los trabajadores: autores que examinan con rigurosidad una rama o un período determinado (como sucede en el caso de Donna Guy con el azúcar y las industrias regionales), arriesgan conclusiones generales, que tienen un soporte empírico débil para las otras ramas o períodos que exceden la temática en la cual el autor se especializa. Esta es una de las consecuencias negativas del trabajo individual y de la ausencia de auténticos proyectos de investigación colectivos.

Los obreros rurales

El enorme peso historiográfico otorgado a la experiencia chacarera por la historiografía argentina ha opacado la cuestión obrera. De este modo, se ha considerado el

²⁸Idem, p. 239.

²⁹Kabat, ob. cit., cap. 5.

³⁰Guy, Donna, ob. cit.

³¹Guy, Donna, ob. cit., p. 38, la traducción nos pertenece.

empleo estacional de mano de obra asalariada como un complemento al trabajo familiar del chacarero y los miembros de su unidad doméstica. Esta imagen conduce a la conclusión de que en el ámbito rural primaban actores que si bien podrían englobarse dentro de la noción de los “sectores populares”, claramente no pertenecían a la clase obrera. Correlativamente, los primeros estudios sobre los conflictos rurales se centraron en las protestas motorizadas por los chacareros, mientras las huelgas y sindicalización obreras eran completamente desconocidas.

Nuestra investigación ha contribuido en gran medida a refutar esta visión y a establecer el papel tanto en el mundo productivo, como en el universo de las confrontaciones políticas, de los trabajadores rurales pampeanos.³² Por una parte se avanzó en el estudio de la composición de los obreros rurales. Para ello se sopesó la incidencia de las migraciones internas y transoceánicas, en particular las migraciones “golondrina”, concluyéndose no sólo la inexistencia de este fenómeno, sino la centralidad de la tarea rural para un porcentaje muy elevado de la clase obrera argentina. Por otra parte, se estudió también el peso comparativo del trabajo asalariado y el chacarero. Para medir qué tipo de fuerza de trabajo predomina –la asalariada o la familiar- se debe considerar sólo el tiempo de trabajo, es decir cuando se le incorpora valor al producto. En un artículo destinado a resolver este problema, computamos la cantidad de horas hombres empleadas a lo largo del año en las distintas tareas para distintos tipos de unidades productivas, aquellas con una superficie menor a 100 has., las que cuentan con hasta 200, las que poseen entre 200 y 500 y las que superan las 500. Con este cálculo se demuestra que sólo en las unidades menores, (con una superficie inferior a las 100 hectáreas) el chacarero y su familia aportan algo más del 50% del trabajo, lo que implica que aún en esos casos la mano de obra asalariada era fundamental y no un simple complemento. A nivel general como promedio de las distintas unidades, encontramos que el peón estacional es el principal productor de valor, siendo responsable de entre un 60 y 70 por ciento del total.³³

Por su parte, el análisis del proceso de trabajo permite evaluar el grado de maduración de las relaciones sociales capitalistas en el agro pampeano. Esta maduración se constata cuando se observa cómo el régimen de gran industria predomina en la agricultura pampeana desde la década del veinte.³⁴ También se han estudiado los cambios que esta incorporación de tecnología implica en la composición de los trabajadores rurales: la desaparición de la fracción que puede denominarse infantería ligera del capital y la disminución de las migraciones relacionadas con las faenas rurales, que a partir de la década del veinte descansan en mayor medida sobre una más reducida población local, lo que redundó en un cambio en las relaciones de fuerzas sociales.³⁵

Sería extraño que esta temprana madurez de las relaciones sociales capitalistas tuviera lugar sin enfrentamientos entre las clases sociales. Efectivamente, la sindicalización de los obreros rurales pampeanos fue importante y numerosas las huelgas que protagonizaron. En una serie de artículos publicados en una compilación dedicada al tema, Eduardo Sartelli, junto al resto del equipo que participó de la misma, restituyó el lugar que le cabe en la historia a la conflictividad obrero rural.³⁶

³²Todos los datos de este acápite se refieren a Sartelli, Eduardo: *La sal de la tierra*, tesis de doctorado en vías de defensa que será publicada por Ediciones ryr en el 2008.

³³Sartelli, Eduardo: “La vida secreta de las plantas: el proletariado agrícola pampeano y su participación en la producción rural”, en Escuela de Historia, Fac. de Humanidades y Artes, Univ. Nacional de Rosario, *Anuario*, 1997

³⁴Sartelli, Eduardo: “Proceso de trabajo y desarrollo capitalista en la agricultura. La región pampeana 1870-1940”, en *Razón y Revolución*, nº 6, otoño de 2000.

³⁵Sartelli, Eduardo: “Ríos de oro y gigantes de acero. Tecnología y clases sociales en la región pampeana (1870-1940)” en *Razón y Revolución*, nº 3 invierno de 1997.

³⁶Sartelli, Eduardo: “Sindicatos obreros rurales en la Región Pampeana (1900-1922)”; “De estrella a estrella, de sol a sol. Huelgas de braceros en Buenos Aires, 1918-1922”; “Una conflictividad débil. Los conflictos obreros rurales entrerrianos, 1918-1921”, “Rehacer todo lo destruido. Los conflictos obreros rurales en la década 1927-1937”, en

Estos aportes sobre la centralidad de los obreros rurales, sus condiciones objetivas de trabajo y su experiencia de lucha brindan elementos para comprender mejor la clase obrera argentina frente al peronismo. Los migrantes internos que llegan a Buenos Aires en la década del treinta y el cuarenta lo hacen desde la región pampeana. La misma no tenía características “tradicionales”. Por el contrario las relaciones sociales capitalistas estaban plenamente desarrolladas, habiéndose alcanzado el régimen de gran industria. El mismo establecía formas de división del trabajo y de disciplina laboral similares a las existentes en las fábricas urbanas. Al mismo tiempo su elevada conflictividad obrera inhabilita la suposición de cuño germaniano acerca de la virginidad política de los migrantes internos.

El accionar y las alianzas de la clase obrera

El “pacto desarrollista” vigente, en la segunda mitad del siglo diecinueve, puede considerarse la primera formación hegemónica burguesa.³⁷ El mismo se estructuraba en torno a la alianza de la burguesía terrateniente y la emergente burguesía pionera. La ilusión del ascenso social, de “hacerse la América” aseguraba el consenso de los obreros inmigrantes. Ellos no proyectan sus aspiraciones de progreso material en una elevación de las condiciones de vida y de trabajo, sino en su propia transformación en pequeños patronos.

En 1890 asistimos a la crisis del pacto desarrollista. La misma se manifiesta de dos formas: la división de la burguesía y la emergencia de la conciencia obrera. La división de la burguesía implica la aparición de movimientos autónomos en su seno correspondientes a fracciones y capas que se identifican con intereses secundarios. Así el surgimiento de movimientos de la pequeña y mediana burguesía rural, principalmente, muestra una tendencia a la acción política independiente de estas capas. Por otra parte, la maduración del capitalismo iba cerrando las posibilidades de promoción social que había constituido un elemento central del pacto desarrollista y el dique principal frente a la posible emergencia de la conciencia obrera.³⁸ La misma se configura rápidamente y se expresa en el crecimiento del anarquismo, el desarrollo de las organizaciones sindicales y los movimientos huelguísticos. En este cuadro político, la clase obrera tiende a moverse, entre 1890 y 1916, junto a la pequeña burguesía. Esto puede generar la apariencia de encontrarnos frente a un actor común. A ese conjunto se lo puede llamar “pueblo”, si se entiende por tal, al conjunto de clases oprimidas, en algún tipo de alianza. Pero, el pueblo no es una masa indiferenciada, por el contrario. Cada una de las clases o fracciones de clases que lo integran tiene intereses propios. Por esto, el pueblo no sólo no es un conjunto homogéneo, tampoco es armónico pues en su seno se desarrolla la lucha de clases.

La Ley Sáenz Peña abre una brecha en esa alianza. La reforma electoral, reforzada luego por la política conciliatoria de Irigoyen logra cooptar a la pequeña burguesía urbana y rural. Esto hace que la clase obrera actúe sola en la Semana Trágica, mientras su anterior aliado se suma a los cuadros represivos.³⁹ Si la recomposición de la unidad burguesa resulta relativamente duradera, no sucede lo mismo con la captación por parte de Irigoyen de algunos sectores del movimiento obrero. Se tiende a pensar que la reforma electoral generó el mismo consenso entre la clase obrera y la pequeña burguesía y la mirada centrada en la “cuestión social” ha insistido en las políticas y leyes obreras del gobierno radical, a despecho de su

Waldo Ansaldi (comp.): *Conflictos obreros rurales pampeanos, 1900-1937*, CEAL, 1993

³⁷Hemos profundizado esta caracterización de “pacto desarrollista” en “Celeste, Blanco y Rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera en la crisis hegemónica (1912-1922)”, en *Razón y Revolución*, n° 2, primavera de 1996. En este acápite resumimos los argumentos de aquel artículo.

³⁸Los cambios del proceso de trabajo y la concentración y centralización del capital, contribuyeron a estrechar los márgenes para el ascenso social.

³⁹Ver, “Sartelli, Celeste, blanco y rojo...” ob. cit., p. 66.

dudoso cumplimiento.⁴⁰ Sin embargo, se ignora, una y otra vez, la ruptura que significó el proceso que va de la Semana Trágica a la huelga general de 1921 y el encarcelamiento de los dirigentes del sindicalismo revolucionario, el sector que había impulsado el acercamiento con Irigoyen. Por una parte, Irigoyen no había cooptado al conjunto del movimiento obrero; por otra, su acercamiento a cierto sector del mismo, terminó muy pronto y en drástica forma. En realidad, un tibio acercamiento a algunos sectores se resolvió finalmente con un nivel de represión que pocas veces visto en la historia argentina. La vida política se entiende mejor si se desarma ese gran saco informe al que se le ha dado el nombre de sectores populares.

5. La muerte del peronismo y las razones del estancamiento

La historiografía socialdemócrata se reconoce estancada. Aquella que se le opone cree ser más vital, sin embargo enfrenta las mismas taras que la primera. Ambas son incapaces de explicar los cambios políticos actuales de la clase obrera porque no han podido reconocer la muerte del peronismo. La primera nació para explicar por qué el peronismo dominó la vida política argentina y hoy ya no tiene tareas. La segunda, se desarrolló para explicarle a la izquierda las causas de la existencia del peronismo y hoy sólo puede celebrar un sujeto inexistente. Actualmente, la muerte del peronismo las ha dejado a ambas fuera de foco. Sólo el abandono de una práctica historiográfica asentada en un concepto inútil y un reconocimiento del conjunto de dimensiones englobadas en el concepto de clase, en particular de sus dimensiones políticas, puede sacar a los estudios de la clase obrera de su estancamiento. Estancamiento que es sólo relativo, dado que ya existe un programa de investigación que ha asumido la tarea. Los avances de este programa pueden verse reflejados en las alusiones elípticas al mismo, por parte de unos, o en su apropiación velada, por parte de otros.

⁴⁰Ver: Kabat, Marina: "Fatto in casa: el trabajo a domicilio en la industria argentina del calzado, 1870-1940.", en *Razón y Revolución*, n° 9, julio de 2002.